



ESCUELA SUPERIOR DE BELLAS ARTES

MANUEL BELGRANO

DEPARTAMENTO DE FOLKLORE

<http://esba.nqn.inf.d.edu.ar>

GUIA DE LECTURA

Asignatura: **TEORÍA DEL FOLKLORE E IDENTIDAD CULTURAL II** – Turno Mañana

Plan de estudios: N° 611 PROFESORADO DE DANZAS CON ORIENTACIÓN EN DANZAS FOLKLÓRICAS

Profesora a cargo: Amy Lilén Kees

Año Académico: 2020

Régimen de cursado: Anual

Carga horaria semanal: 3 horas cátedras - 2 horas reloj.

Curso: 2do año

Correlativas: Teoría del Folklore e Identidad Cultural I

contacto: teoriafolkloreesba@gmail.com

Nacionalismo, tradicionalismo y nativismo.

En el trayecto de esta carrera, en el tiempo que llevan estudiando, ya habrán leído y escuchado más de una vez los términos que nos convocan: *nacionalismo*, *tradicionalismo*, *nativismo*, lo mismo que otros conceptos como *criollismo* o *costumbrismo*. En esta ocasión nos abocaremos a los tres primeros, intentando echar luz sobre ideas que se nos van presentando hasta el momento un tanto indefinidas e incluso como aparentes sinónimos.

Sobre el nacionalismo en Argentina:

No es posible iniciar un recorrido por estas conceptualizaciones sin hablar de contextos:

Entrado el siglo XIX en Latinoamérica comienza a afianzarse un proceso de consolidación de los Estados nacionales. En Argentina este proceso se da de la mano de los presidentes Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento y Nicolás Avellaneda, cuyo objetivo común fue la

consolidación del modelo triunfante de Estado nacional que subordinó a los poderes locales de todas las provincias.

En un breve recorrido de este proceso de consolidación: La batalla de Caseros de 1852 implicó el fin del proyecto rosista y un avance en la construcción del Estado nacional. En 1853, el conjunto de las provincias, con excepción de Buenos Aires, sancionó una constitución de corte federal y abrió paso a una organización nacional definitiva. Entre 1853 y 1862 la separación entre la Confederación Argentina, liderada por Urquiza, y el Estado de Buenos Aires, liderado por los autonomistas, revivió viejas disputas y volvió a fragmentar el escenario político. Los enfrentamientos militares de Cepeda en 1859 y Pavón en 1861 dan cuenta del peso de esa discordia. Finalmente, la unidad fue lograda. El triunfo del proyecto liberal nacionalista permitió reconstruir la hegemonía porteña mediante la creación de un Estado nacional muy dinámico que logró someter a los poderes provinciales. Entre 1862 y 1880, las presidencias de Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento y Nicolás Avellaneda consolidaron esta política mediante una estrategia que combinaba el acuerdo y la coerción. Sus fines fueron alcanzar la subordinación a la autoridad central, la organización institucional y la integración territorial.

En el contexto internacional se producía la Segunda Revolución Industrial, el capitalismo se afianzaba en el mundo, los sistemas políticos liberales también triunfaban, más allá de crisis cíclicas la burguesía gozaba de una época de oro y, como consecuencia de todo esto, un importante movimiento obrero organizado en sindicatos daba batalla en la búsqueda de mejores condiciones de vida para el proletariado. En resumen, las estructuras estatales se complejizaron y modernizaron. Argentina no fue una excepción en este marco, había logrado acordar una Constitución que le daba una entidad jurídica estable, y avanzaba hacia una modernización capitalista que le auguraba una inserción económica internacional favorable a la oligarquía terrateniente.

El impacto producido por el desarrollo económico de fines del siglo XIX dio lugar a profundas transformaciones y para 1910 la Argentina se convirtió en uno de los principales exportadores mundiales de trigo, maíz, carne vacuna y ovina. Esta difusión de la agricultura con el intenso cultivo de vastas tierras, sumado al tendido de vías férreas para conectar las amplitudes del territorio, el espectacular crecimiento de los puertos de ultramar y la consecuente creación de nuevas actividades laborales y comerciales que estos cambios traían aparejados, estimuló el

ingreso masivo de inmigrantes. Hacia 1914 más de 2.300.000 personas, sobre una población de 8.000.000, habían nacido en el exterior. La inmigración modificó profunda y sustancialmente la densidad, distribución y constitución de la población, resultado que se trasladó hasta nuestros días.

Los extranjeros y sus descendientes inmediatos, asentados principalmente en áreas urbanas, pronto empezaron a moverse en la escala social al acrecentar riqueza y estatus alterando la estructura de la sociedad. Se insertaron como profesionales, comerciantes, y pequeños industriales, y la primera generación llegó incluso a ocupar cargos de jerarquía en la Iglesia y el Ejército. El rápido ascenso de los extranjeros a la clase media preocupó a políticos, periodistas y literatos que en un primer momento los habían acogido con entusiasmo y que ahora observaban resultados no previstos. La élite gobernante empezó a generar una reacción hostil hacia los nuevos ricos, cuya competencia constituía un peligro para su dominio económico, político y social. Los intelectuales mostraban a través de libros, folletos y periódicos una nueva imagen del inmigrante al que ahora presentaban como inculto, pobre y materialista, alejado de la aristocrática cultura europea que tanto admiraban.

En este marco de cambios sociales, económicos y políticos tan profundos surgieron nuevos sentimientos de nacionalidad de la mano de un *movimiento nacionalista* que contó con figuras del ámbito económico y político como Honorio Pueyrredon, Lucio V. Mansilla y José M. Ramos Mejía, quienes manifestaban que el impacto cultural de la inmigración estaba destruyendo valores vernáculos de largo arraigo en la sociedad argentina.

Paralelamente a este movimiento surge otra vertiente nacionalista que se nutre de la literatura basada en la vida y costumbres del habitante de la pampa bonaerense. El gaucho se convierte en fuente de inspiración de poetas y escritores; de la mano de obras como "Martín Fierro" o "Juan Moreira", es presentado como un ser mesurado, valiente, sobrio en la expresión de sus emociones, amante de la libertad, que hace gala de sus sentimientos patrióticos, y que ha de luchar contra las injusticias sociales.

Curiosamente, la revalorización del gaucho llegaba cuando éste había sido arrinconado por las nuevas concepciones de explotación de la tierra y estaba extinguiéndose como tipo social. A la par que el gaucho desaparece como actor social, al compás de los cambios, de su mundo

circundante, renace como símbolo. El *nacionalismo*, hace de él un ideal de vida y de conducta, ensalzando sus virtudes hasta elevarlo a la categoría de modelo.

El gaucho es enaltecido por sectores sociales antagónicos, resulta difícil establecer si si figura idealizada surge en los sectores populares o en círculos literarios imbuidos de los valores de los sectores dominantes porque, de hecho, ambos polos se retroalimentan e influyen mutuamente a través de múltiples canales de comunicación. Adolfo Prieto (1988) proporciona una interpretación del sentido que pudieron haber tenido en su momento estos signos para los distintos componentes de la sociedad: *"Para los grupos dirigentes de la población nativa, ese criollismo pudo significar el modo de afirmación de su propia legitimidad y el modo de rechazo de la presencia inquietante del extranjero. Para los sectores populares de esa misma población nativa, desplazados de sus lugares de origen e instalados en las ciudades, ese criollismo pudo ser una expresión de nostalgia o una forma sustitutiva de rebelión contra la extrañeza y las imposiciones del escenario urbano. Y para muchos extranjeros pudo significar la forma inmediata y visible de asimilación, la credencial de ciudadanía de que podían munirse para integrarse con derechos plenos en el creciente torrente de la vida social."*

Lo cierto es que el gaucho y su modo de vida pasaron a ser emblemas del folklore argentino, y se convierte en arquetipo de la nacionalidad argentina que eclipsa y excluye cualquier otro representante típico de las variadas regiones que conforman nuestro país.

Las autoridades gubernamentales abocadas a afianzar la estructura político-social del país, concibieron un proyecto para inculcar a través de las escuelas el sentido argentino de nacionalidad. En esta empresa Ricardo Rojas cumplió un papel fundamental: fue enviado a Europa a estudiar el régimen de educación de sus escuelas y a su regreso presentó un informe titulado "La restauración nacionalista" que se publicó en 1909 y reeditó en 1922¹, impreso en forma oficial y distribuido entre los maestros de todo el país. El libro hace una crítica a la educación europeizante impartida hasta entonces y preconiza la necesidad de imprimir un carácter nacional a la enseñanza basada en textos elaborados de acuerdo con las propias necesidades, contribuyendo a la formación de la conciencia nacional de los alumnos, y sentando las bases para moldear un ciudadano "profundamente argentino", respetuoso de su herencia cultural, enraizada en la conjunción de la tradición hispánica y la indígena.

¹ La Encuesta Nacional del Folklore es del año 1921, y se enmarca en este proyecto.

Rojas afirma la imperiosa necesidad de recuperar las tradiciones sustentadas en los valores ancestrales, que cohesionan al pueblo; considera que el "folclor" es el instrumento que permite conocer el "alma del pueblo" al marcar la continuidad entre el pasado y el presente: *"El folclor define la persistencia del alma nacional, mostrando cómo, a pesar del progreso y de los cambios externos, hay en la vida de las naciones una substancia intrahistórica que persiste. Esta substancia intrahistórica es la que hay que salvar, para que un pueblo se reconozca siempre a sí mismo"*.

Rojas ejerció un liderazgo entre sus contemporáneos, y su prédica nacionalista tuvo un ascendiente arrollador entre los intelectuales y la clase alta, que encontraba en esos ideales un medio de legitimar sus valores sobre el resto de la sociedad. Su influencia también se hará sentir en el desarrollo de la folklórica argentina.

Entonces, y sin más rodeos, de esto se trata el *nacionalismo* como movimiento político e ideológico en nuestro país.

Sobre los conceptos generales de nación, nacionalidad y nacionalismo²:

Se considera "Nación" a un conjunto de habitantes de un país regido por el mismo gobierno, se piensa en un conjunto de personas que comparten, además de un territorio geográfico, el mismo origen, que hablan una misma lengua y poseen un sistema de valores. Esta concepción alude al origen etimológico del término de "nacimiento", es decir, quienes conforman una "nación" son quienes "nacieron" en un territorio determinado, hablan una lengua común y comparten rasgos culturales.

Por otra parte, la "nacionalidad" se percibe como la condición y el carácter de los habitantes de una nación; es decir, la nacionalidad se entiende como una comunidad autónoma a la que se le reconoce una especial identidad histórica y cultural desde las propias bases ideológicas y políticas en las que se fundamenta.

² Conceptos clarificadores que, si bien sirven para comprender el movimiento nacionalista, no entran en estos términos de diccionario en los contenidos mínimos de la asignatura.

Finalmente, el concepto general de "nacionalismo" alude al apego de los naturales a la nación a la que pertenecen. El término también refiere al sistema de pensamiento que por un lado otorga autenticidad y, por otro, diferencia a un territorio y a sus habitantes. Se trata de una dinámica de semejanzas y diferencias que cohesiona a quienes pertenecen a y separa y distingue a quienes no pertenecen.

Sobre el tradicionalismo:

Dentro de una profusión de significados, para nuestro campo resulta interesante entender al *tradicionalismo* como una ideología y un movimiento cultural y a los *tradicionalistas* como a los actores intelectuales y vitales de aquella posición.

En Argentina, el *movimiento tradicionalista* estuvo desde sus inicios guiado por la exaltación de sentimientos lugareños, por la nostalgia de tiempos pasados y por el culto a los próceres y a los símbolos de la nacionalidad. En este sentido, se lo puede entender como un producto del *nacionalismo* de fines del siglo XIX y principios del XX.

Adhieren a este movimiento ilustres escritores y científicos, al mismo tiempo que se extiende por los hogares comunes y las escuelas de los ámbitos urbanos y campesinos, albergando tanto los descendientes de las etnias originales y a los criollos del interior del país, como a los inmigrantes de reciente inserción y sus familias.

El producto más representativo de esta ideología puede establecerse en el denominado por Carlos Vega *movimiento tradicionalista*, también llamado por Bruno Jacovella *primera promoción nativista*, que refiere a una *recreación literaria* de tiempos pasados que elevó a la categoría de arquetipo nacional al gaucho, un tipo social que desaparecía. Fue un movimiento de corte exclusivamente *gauchesco* iniciado durante las guerras de la Independencia y que tuvo la llanura pampeana como primer escenario de inspiración. Su interés fueron las injusticias y persecuciones que un gaucho poéticamente idealizado sufría a manos de las autoridades y las élites poderosas. Su punto de partida puede fijarse entre las fechas de aparición de las dos partes del *Martín Fierro* (1872 y 1879). Este poema costumbrista, provocó una verdadera eclosión, no solo por su éxito

editorial y por el movimiento artístico que inauguró, sino porque también suscitó el cultivo de algunas pautas culturales del hombre de la llanura.

El Folklore, como disciplina dedicada al estudio de las tradiciones culturales, ha realizado los más importantes aportes para la comprensión de la *tradición* como proceso y del *tradicionalismo* como movimiento cultural, que si bien se perfilaba ya desde sus inicios como movimiento independiente, impregnaba los trabajos de los folkloristas y folklorólogos. Entre ellos, Juan Alfonso Carrizo, Bruno C. Jacovella, Augusto Raúl Cortazar, Ismael Moya, Bernardo Canal Feijóo aportaron las claves de la fundamentales para la cabal interpretación de la *poesía y literatura gauchesca*, el fenómeno más destacado que registran los movimientos tradicionalistas rioplatenses.

Pasando luego a otros terrenos culturales, en el terreno musical el *tradicionalismo* estuvo en principio representado por los bailes y cantos que difundió el circo criollo, por las payadas públicas de contrapunto que se popularizaron en las ciudades, por la proliferación de los círculos criollos iniciada hacia fines del siglo XIX y hasta por los desfiles de carnaval. Su esplendor se prolongó aproximadamente hasta 1920, si bien aún hoy cuenta con reconocidos cultores.

Sobre el nativismo:

Desde una construcción conceptual sencilla y específica, el término *nativismo* fue introducido por Bruno C. Jacovella especialmente dentro del campo de la etnomusicología. Este folklorólogo lo relaciona con el *cultivo de danzas, canciones y poesías* de compositores urbanos, generalmente provincianos, residentes en Buenos Aires, quienes reinterpretan a su manera formas y contenidos del folklore musical y los difunden por los medios de comunicación de masas a todo el país.

Augusto Raúl Cortázar llama a estos fenómenos *proyecciones folklóricas*, denominación que engloba a un movimiento de carácter fundamentalmente creativo notablemente alejado de la música criolla tradicional.

En algunos casos, sobre todo en los inicios de este movimiento, algunos cultores nativistas se autodenominaron *tradicionalistas*, lo que contribuyó a la confusión en el uso de estos términos.